

Fernández Götz, M. (2014): *De la familia a la etnia: Protohistoria de la Galia oriental* (=Bibliotheca Archaeologica Hispana 41). Madrid, Real Academia de la Historia, 411 pp. ISBN: 978-84-15069-62-1.

Como señala el prologuista del libro, Dr. Ruiz Zaperero, este libro es fundamentalmente la tesis doctoral de su autor, leída en 2012, que supuso una novedad al enfocar entre nosotros, desde el prisma de la protohistoria, un tema específicamente europeo desde la perspectiva de la arqueología de la identidad y mirando hacia la naturaleza del poder. Un tema, el de las identidades, muy actual en esta Europa que busca su definición como bloque cultural, en un mundo en el que la sempiterna globalización ha alcanzado hoy unas dimensiones totales. Sus perspectivas históricas son, por tanto universales, como se aprecia desde el principio cuando plantea unos esquemas generales de conocimiento que luego le servirán para atacar el problema parcial del panorama de la Galia oriental. O sea, como diría Ulrich Beck, atender el conocimiento de lo local dentro de una perspectiva global: la glocalización. Para ello echa mano de todo tipo de fuentes que le pueden aportar un mejor conocimiento del objetivo científico perseguido, aunque, como señala, se vaya a centrar en solo algunos aspectos que le resultan más interesantes para el estudio de la evolución de las sociedades de la Edad del Hierro en el este de la Galia, en particular en la región media del Rin y Mosela, con especial atención a las cuestiones de la identidad y el poder –fundamentalmente el político-religioso– que considera inextricablemente unidas.

Comienza el autor definiendo los marcos teóricos, geográficos y cronológicos, y posicionándose claramente contra el peligro del presentismo, tan al uso en las historias aplicadas al conocimiento de determinados aspectos que el poder del momento cree conveniente resaltar, y, con vistas a ello, procura que la enseñanza de la historia tenga un carácter utilitario que, inevitablemente, deja a un lado el carácter científico –de conocimiento universal– que debe tener. En realidad el conocimiento objetivo de la “otredad” de todo hecho, de forma desapasionada, hace que este tipo de historia resulte árido y poco atractivo para la mayoría del público al que, no obstante, sirve. Por ello considero que la manifestación de los posicionamientos teóricos del autor, presentada en el primer capítulo, resulta fundamental para poder disfrutar de la riqueza que él encuentra en cosas nimias para el profano, pero fundamentales para un conocimiento profundo y válido por sí mismo, con independencia

del uso que después se haga por parte del poder que en cada momento quiera encontrar su legitimización en el pasado. Abandona para ello las rigideces que el análisis separado de las distintas fuentes con frecuencia presenta, para considerarlas en conjunto de forma equilibrada, ofreciendo una visión difusa del espacio-tiempo muy en la línea de los planteamientos de la ciencia actual. Pero ello no implica, en absoluto, falta de preocupación por precisar todos los detalles analizados. El arqueólogo y el historiador están claramente unidos en él de una manera fecunda. Habrá a quienes este primer capítulo, que exige una lectura especialmente detenida porque es la base de los planteamientos que después se harán, les parezca difícil. Se puede tener la sensación de que es un libro difícil de leer y no porque esté mal escrito, que no lo está, sino por la enorme densidad de los conocimientos aportados. Y si algo no me ha gustado en sus planteamientos ha sido una cierta tendencia al racionalismo, que confunde a veces racionalidad con realidad (p. 274: “Celtas y germanos: mitos y realidades”) como si la ciencia no fuese una forma de conocimiento que ofrece mayor racionalidad que el mito (más emocional), pero que no deja de estar en último extremo fundamentada en creencias (axiomas) sujetas a revisión continuamente. La realidad es, como la identidad, un constructo mental que varía según las circunstancias del observador, lo cual no le quita su grandeza ni al mito ni a la ciencia que facilita el avance del conocimiento. En cualquier caso me parece de agradecer que un autor, una vez establecido el esquema mental propio, lo aplique al tema concreto que se ha propuesto analizar y así, con mayor seguridad, poder avanzar desde lo general a lo particular, como sucede en este magnífico libro.

En el capítulo segundo el autor deja claro al comienzo cuál es su objetivo en breves palabras:

Toda aproximación arqueológica a las sociedades del pasado debería ser en cierto modo una “arqueología de la identidad” o, mejor dicho, de las “identidades”. En efecto, las diversas categorías identitarias que aparecen superpuestas y cointegradas (género, edad, etnicidad, clase...) determinan de forma fundamental la manera en que las personas, tanto a nivel individual como colectivo, perciben el mundo y actúan en él. (p. 29).

La interacción del individuo y sus circunstancias vitales va a ser siempre un motivo de reflexión, procurando superar la dicotomía objetivo/subjetivo en un estudio conjunto de los dos miembros de lo que podríamos llamar una especie de santísima dualidad sistémica: el todo y la parte. El poder es el cemento que los une, entendido dicho concepto en sus dimensiones culturales simbólica, social y económica, y no sólo política. Un grupo existe y actúa como tal cuando toma conciencia de sí mismo, de su etnicidad, sea al nivel que sea, cuando fuerzas poderosas, conscientes o inconscientes, determinan una manera de ser en el mundo que lo hace en cierto modo distinto de los demás, con los cuales, no obstante, se puede integrar en estructuras superiores en las que la identidad va siendo cada vez más difusa conforme se aparta del núcleo más cercano al individuo, como es la familia. En este caso el autor contempla los niveles sociopolíticos de familias extensas (clanes), subetnias (*pagi*) y etnias (*civitates*), considerando al final un posible nivel superior –macroétnico– que se pudo dar en algunos casos en la Galia de la Edad del Hierro tardía, sobre todo de los siglos II-I a.C. (capítulo tercero). Todo ello desde la perspectiva, consciente o no, de lo que llamamos sistema estructural de horizontes mentales integrados y empleando lo que se denomina en matemáticas lógica difusa, muy meritoria en este autor, puesto que no se suele hacer a pesar de la utilidad del método. Entendemos que esto sucede, por ejemplo, cuando no hace una distinción radical entre estados étnicos y ciudades-estado, puesto que son conocidos los casos en que es difícil delimitar entre uno y otro. De hecho tanto el *oppidum* como la *polis* son centros de guerra (cargados de sacralidad) ante todo, y el que se desarrollen o no ciudades en ellos es una consecuencia de diversos factores, entre los que no son menores los económicos; ciudades que también se han podido desarrollar, tanto en un ámbito político como en uno étnico, a partir de centros ceremoniales donde el factor bélico no es dominante.

Con estos prolegómenos, el autor se introduce ya en otros aspectos específicos relacionados con la región media del Rin y Mosela y sus territorios vecinos, a los que va a destinar el resto de la obra (capítulos 4-8). En esta parte, la más extensa, se analizan de forma diacrónica, y desde la perspectiva de la arqueología de las identidades, los cambios culturales experimentados por las sociedades del este de la Galia desde aproximadamente el año 600 a.C. hasta el 70 d.C., es decir, desde la temprana Edad de Hierro a las consecuencias de la revuelta de Batavia. Una historia de la cultura en general más que de los hechos concretos en particular, que

atrae con fuerza al lector ofreciéndole un panorama interesante de esta zona de Europa, a la que con frecuencia podemos mirar para entender otros fenómenos que se dan en estas regiones más occidentales.

Aunque el autor es consciente de que todos los cortes son algo que está más en la mente del arqueólogo que en la realidad, adopta las denominaciones establecidas para las llamadas culturas por comodidad clasificatoria. Es así que el capítulo cuarto está dedicado a la creciente jerarquización social que se observa a través de los registros arqueológicos en la época de Hallstatt final/ La Tène inicial en la zona escogida, analizando cómo durante los siglos VI y V a.C. tuvo lugar un proceso de centralización y jerarquización social –y por ende de las desigualdades–, que llevaría a la erección de algunas de las sepulturas más destacadas y al desarrollo de grandes centros fortificados en altura; una evolución que, sin embargo, se vería abortada en el transcurso del siglo IV a.C.

Especialmente rica en datos es la arqueología destinada al mundo de los difuntos, sobre todo la relativa a los enterramientos, dado que los rituales vinculados con la muerte han tenido una importancia vital para las comunidades, que trascienden a los individuos. Porque en estas etapas aquí analizadas lo colectivo era vivido con más intensidad que en nuestras sociedades individualistas y la muerte era tratada con más interés que aquí y ahora, cuando procuramos vivir de espaldas a ella. Las fiestas de los finados siempre tuvieron una gran importancia, pues se consideraba que había mayor continuidad entre los difuntos y los vivos, para los que eran como el abono que les permitía desarrollarse como comunidades en torno al recuerdo de lo que fue. El papel de los ancestros siempre fue fundamental en todas las sociedades, pero las antiguas –sobre todo– conocieron un auténtico culto a los mismos, tanto a nivel privado como público. Y en la tumba la familia se presenta en ellas como esta quiere ser vista, de acuerdo con los rituales que dominan la vida social en general. Así es que vemos cómo se va desarrollando una ideología aristocrática a través del análisis de las tumbas suntuosas y la comparación que se puede hacer con las coetáneas. En los ajueres depositados junto a los muertos (carros, armamento, recipientes lujosos relacionados con la bebida, etc.) podemos intuir la importancia de la guerra, el banquete y la hospitalidad que dominaba el mundo que controlaban las élites, y que debió ser el ambiente donde también transcurrieron sus días de vida los inquilinos menos agraciados que ocupan la inmensa mayoría de las tumbas, normalmente separadas de las de los señores a los que sirvieron. Los adornos

personales que con frecuencia los acompañan nos pueden estar indicando también datos para conocer su manera de presentarse, tanto si eran hombres como si eran mujeres, y su importancia relativa en el marco social en que se desenvolvían, así como imaginar el grado de relaciones sociales que se oculta tras los objetos cuando estos son distintos según los grupos y lugares, cosa que el autor analiza con maestría y nos permite vislumbrar un ambiente perdido para siempre en nuestro tiempo lineal dominado por la lógica.

Consideraciones acerca de la demografía son facilitadas por el análisis de los cementerios, pero también lo son por el de los primeros castros fortificados en altura, cuyo desarrollo parece estar relacionado, según nos muestra el autor, con el aumento a finales del siglo VI y comienzos del V a.C. de la cantidad de población –debida a lo que denomina una cierta “colonización interior”– y con las primeras tumbas de élite, que señalan un aumento de la jerarquización social. Castros que, según los síntomas, no debieron de estar habitados de forma permanente, pero que eran lugares colectivos donde la gente que los había construido simbolizaba la identidad del grupo, fomentando los lazos de solidaridad y/o dependencia. Respecto a su importancia relativa en este sentido, el autor llama la atención sobre que muchos de ellos fueron luego desarrollados en *oppida* de grandes dimensiones en época posterior. En su opinión

... la aparición o consolidación de estos centros se relaciona en primera línea con el desarrollo de relaciones de tipo vecinal y con una estructuración más amplia del territorio, como culminación del proceso de creciente jerarquización y centralización iniciado en la cultura de Hunsrück-Eifel con el incremento demográfico de finales del siglo VII a.C. Esta evolución llegó a su fin en el transcurso del siglo IV a.C., mostrando tanto diagramas polínicos como datos arqueológicos un fuerte retroceso del poblamiento y una vuelta a patrones más descentralizados. (p. 129).

No sería hasta ca. 150-100 a.C. cuando se invirtiese de nuevo la tendencia.

Un descenso global que estuvo acompañado por un declive en la ocupación de los grandes centros fortificados en altura, aunque estos con cierta frecuencia presentan una mayor duración temporal y una ocupación más densa del espacio interior, lo que implica un poblamiento estable. Servirían posiblemente como lugares centrales –centros de almacenamiento– para la población residente en las granjas y/o aldeas del entorno. Pero la despoblación se produjo y esto le lleva a

replantarse el conocido tema de las llamadas “migraciones celtas” (a las que llama así de forma provisional, ya que entiende que no se puede afirmar la ecuación celtas = cultura de La Tène), que nunca tuvieron un sentido global, como no lo tuvieron, por ejemplo, las de los griegos que salieron para ocupar distintos puntos del Mediterráneo. Las causas de los desplazamientos pudieron ser variadas, y el autor las analiza.

Pero el tiempo transcurre y el panorama encuentra en el siglo II a.C. una faz distinta (lo que se ha denominado cultura de La Tène tardía) cuando se vuelve a observar, en los datos arqueológicos y literarios, una nueva tendencia a la centralización y el predominio de oligarquías, al frente de sus clientelas, que dominaron un mundo de *civitates* con *oppida* desde las que se ejercía el control de los territorios, en medio de fuertes desigualdades sociales. En todo caso la concentración de la población y las actividades económicas que se aprecia en el registro material de la época comenzó algún tiempo antes de la fundación del *oppidum*. Es interesante, a mi modo de ver, que los mercados y centros artesanales, aquí como en la antigua Mesopotamia y en general en todo el mundo mediterráneo, que no nace ya con ellos, los veamos aparecer junto a la puerta de los *oppida*, pero este tema no es desarrollado, conscientemente, por el autor. Las ferias, con su discontinuidad, debieron prevalecer mucho tiempo sobre los mercados permanentes. Y los espacios vacíos de edificios dentro de un *oppidum* nos dan idea de que las necesidades de esa inmensa mayoría de la población que vivía fuera de los mismos eran contempladas como tales cuando, por razones pacíficas (fiestas, asambleas, etc.) o violentas (guerra), acudían a estos centros limitados y protegidos por murallas.

En un contexto de mejora del clima, crecimiento demográfico, aumento de la producción y florecimiento de los contactos con el mundo mediterráneo –nos dice–, la religión debe haber sido la fuerza de cohesión principal por la cual se estructuró la integración de las comunidades en agrupaciones socio-políticas más amplias. Además, al menos en ciertos casos, se puede ver un enlace entre los lugares de reunión-asambleas-culto y los restos funerarios. De hecho, el culto a los antepasados parece haber sido el centro de numerosos cultos públicos y los túmulos incluso a menudo actuaron como focos para las reuniones políticas y religiosas. El empuje principal, o al menos el impulso inicial para el desarrollo de muchos de los *oppida* de la Europa templada surge del componente político-religioso, en un marco en el que las aristocracias tienen interés por entroncar con el pasado para ser más estables en el presente y de cara al futuro; lo que

les lleva a desear la concentración física en torno a los lugares simbólicos, de la misma manera que la concentración psíquica que habría de reflejarse en el desarrollo de las leyendas religiosas que los enraizaran en las mentes de sus amigos y clientes. Economía, política, religión, etc. ponían a los centros más avanzados camino de las ciudades de los territorios más desarrollados culturalmente, con un proceso, consciente o inconsciente, de racionalización de las relaciones, conforme se iban ampliando los horizontes mentales de la población, empezando por las clases dirigentes.

Interesante es también la reflexión que se hace acerca de las convergencias y divergencias que evidencian, a nivel material, las comunidades de la zona objeto de atención en sus partes norte y sur, a fin de poner de manifiesto la presencia de diferentes modelos sociales y de organización del territorio, y por ende de evolución en lo que llama “economía del poder”, poniendo atención especial al de los tréveros, donde analiza con mayor detalle las diferencias que se pueden observar en el final de la Edad de Hierro entre las áreas occidental y oriental. La acuñación, más o menos ocasional, de la moneda podría ser vista como un síntoma.

De igual modo resulta destacable la atención al desarrollo de las bandas de guerreros, que sin duda están en el origen de la ruptura de los esquemas comunitarios basados exclusivamente en el parentesco (real o ficticio) y el desarrollo de los esquemas sociales, de mayor individualismo y racionalidad, que se puede rastrear en el nacimiento de los Estados, dado que los guerreros representan la acción individual, con independencia relativa de los intereses de sus comunidades de origen (caso de las fratrías griegas o las *coviria* o curias romanas), en el seguimiento de un jefe que organiza la guerra más allá de los límites de la simple pelea grupal. La masculinización progresiva de las estructuras sociales

tendría que ver con ello. Y todo junto iría formando la conciencia de las distintas adscripciones étnicas, cuyo rastreo es el objetivo confesado de toda la obra.

Un tema de interés es el análisis que hace acerca de la tradicional división entre celtas y germanos como habitantes a una y otra orilla del Rin, para poner en evidencia que son consideraciones más bien realizadas desde la perspectiva romana que hechos reales, con mutuas influencias de unas poblaciones sobre otras.

El último capítulo, el octavo, está dedicado en forma de epílogo al proceso llamado de romanización de la población del Rin Medio-Mosela tras la incorporación del territorio al Imperio Romano. Un proceso que, visto en perspectiva global, no es sino un paso más, sin rupturas violentas (se contemplan las perpetuaciones culturales a lo largo del tiempo junto con los cambios), de todo lo estudiado anteriormente, por más que los ritmos se vayan acelerando a medida que se contemplan mayor número de puntos de fuerza que inducen, desde la óptica de la dominación política, una transformación del tipo globalizador señalada en el principio, sin dejar nunca la contemplación glocal antes indicada. Algo observable, por ejemplo, en el declive de los *oppida* y el desarrollo simultáneo de las urbes.

El libro finaliza con un resumen conclusivo y dos resúmenes (alemán e inglés), para facilitar la orientación de la lectura a quienes se puedan sentir atraídos por el título de la obra.

Obra que, como venimos diciendo desde el principio, nos parece altamente recomendable tanto por lo que dice como por lo que sugiere, y que esperamos que tenga continuidad en trabajos futuros de su joven autor.

GENARO CHIC GARCÍA
Universidad de Sevilla
Correo-e: genarochic@gmail.com